

fundo de un corazon ya contrito, y la espera solamente en virtud de los méritos de Jesucristo; ya se ha apiadado Dios de él, poniendo en su corazon esta fé, esta esperanza y esta caridad. Así, como Dios solo puede conceder misericordia, es una demencia y un crimen dilatar la penitencia, haciéndose cada vez mas indigno de esta gracia; pero como Dios puede concederla, es una temeridad decir que no la concede en tal ó cual caso.

Dios es impenetrable en su gracia como en sus juicios. Al paso que los ancianos del pueblo de Israel, los doctores de la ley y los príncipes de los sacerdotes, esos hombres que estaban sentados en la cátedra de Moises y de Aaron, desconocen al Mesías esperado hacia tanto tiempo, le ultrajan y le crucifican, un ladron colgado de un madero le confiesa en alta voz. Este es el primer fruto y uno de los mas nobles del árbol de la cruz. Si para un cristiano es una gloria confesar á Jesucristo crucificado, si como él mismo dice, es dichoso el que no se escandaliza en él; debemos reputar por feliz al que confesó á Jesucristo en la hora en que sufría la mas atroz ignominia, aquel para quien *Jesucristo crucificado* era entonces *la fuerza y la sabiduría*, como dice el Apóstol (Epístola I ad Corint., I, 24). El instante de mayor escándalo fué para aquel hombre colmado de gracias, un instante de confesion, de confianza y de misericordia de Dios.

Su confianza estaba llena de humildad, y su humildad llena de confianza. Una verdadera humildad y una

verdadera confianza, son hijas del amor y son inseparables. Solamente pedia al Señor, que se acordara de él cuando entrase en su reino. ¡Dichoso aquel de quien se acuerda Jesucristo en su gracia! ¡Qué deliciosa satisfaccion debió sentir cuando el Hijo de Dios le hizo esta promesa: Hoy estarás conmigo en el paraiso! En el paraiso, es decir, en el lugar del descanso y de la alegría, donde todas las almas de los justos esperaban hasta que Jesus fué á tomarlas y conducir las consigo al tiempo de su ascension al cielo, sitio de las manifestaciones de Dios, en donde el que llena el universo con su presencia, hace bienaventurados los espíritus con su vista.

“Y estaban de pié junto á la cruz de Jesus, su Madre y la hermana de su Madre, María de Cleofas (1) y María Magdalena. Habiendo, pues, visto Jesus á su Madre, y que estaba á su lado el discípulo que él amaba, dice á su Madre: Muger, he ahí tu hijo. Despues dice

(1) *De Cleofas*, segun el modo de hablar ordinario, es decir, la hija de Cleofas; sin embargo, hallamos una excepcion de este uso de la lengua en los Actos de los apóstoles (Cap. I, v. 13), donde Judas, hermano de Santiago el Menor, es llamado despues de este, *Judas de Santiago*. La opinion probable es, que á esta María hermana de la Madre de Jesus, se la llama *de Cleofas*, porque era su esposo este, que debió ser el mismo que Alfeo, ó como juzga Tillemont, primero fué muger de Alfeo, y muerto éste, se casó con Cleofas. De Alfeo tuvo cuatro hijos, Santiago, José, Simon y Judas, que como primos de Jesus, se llamaron sus hermanos. Santiago y Judas son los autores de las Epístolas que llevan su nombre, y se cuentan entre los libros canónicos.

al discípulo: He ahí tu Madre. Y desde aquella hora la recibió el discípulo por suya."

Entonces fué cuando la espada atravesó el corazón de María, según se lo había predicho el santo anciano poco después del nacimiento de su divino Hijo. Las palabras amorosas de éste le procuraron algún consuelo; y ¡qué santo gozo no debió sentir en adelante, así ella como el discípulo amado de Jesús, con la santa alianza que el Señor mismo formó entre ellos en aquel instante!

"Y era como la hora sexta, y llegada la hora sexta del día, se esparcieron las tinieblas por toda la tierra (1) hasta la hora nona, y se oscureció el sol.

"Y á la hora nona clamó Jesús con una gran voz di-

(1) La expresión *epi pasan ten gen*, de San Mateo, y *epi olen ten gen*, de San Marcos y San Lucas, puede significar *por todo el país*, lo mismo que *por toda la tierra*. Muchos Santos Padres aplican estas palabras á toda la tierra, es decir, al hemisferio que el sol iluminaba á aquella hora. Orígenes y otros muchos comentadores las aplican solamente á la Judea. Eusebio ha conservado en su *Crónica* un pasaje notable de un escrito de Flegon, liberto del emperador Adriano (cuyo reinado fué desde el año 117 al 138), que dice así: "En el año cuarto de la olimpiada 202, hubo un eclipse de sol, que fué mayor que todos los de que tenemos noticia. A la hora sexta (el mediodía) era de noche, de modo que se veían las estrellas, y en Bethania hubo un gran terremoto que arruinó una porción considerable de la ciudad de Nicea. (Eusebio, *Cronolog.*)" Según la cronología de una multitud de sabios, la época de que aquí se trata, coincide con el año de la muerte de nuestro Salvador. El mismo Eusebio cita, sin nombrarle, otro escritor griego, que se expresa así: "El sol se había oscurecido: un temblor de tierra conmovió la Bethania, y gran parte de la ciudad de Nicea se arruinó. (*Crónica* de Eusebio)."

Julio Africano, que vivió al principio del siglo III, cita este pasaje, y

ciendo: Eloi, Eloi, lamma sabacthani; que se interpreta: Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado?"

¿Quién puede hablar de los misterios del amor de Dios, sino con lengua balbuciente? En este instante sobre el Gólgota su divinidad, que no se separaba de él, privó á su santa humanidad de todo consuelo, como le había privado la víspera en el huerto de Gethsemani. *Habiéndose hecho él maldición para rescatarnos de la maldición*, en frase del Apóstol, nos mereció la bendición eterna, y quiso sentirse abandonado de su Padre, para que *nosotros fuésemos uno, como él y el Padre son uno, y estuviese él en nosotros, y el Padre en él*.

Cuando el Salvador pronunció en alta voz las palabras: *¿Por qué me has abandonado?* con que principia el Salmo XXI, quiso recordar á los que le oían, el contenido de todo el Salmo, que encierra las quejas mas

al mismo tiempo el de otro autor (Talo), á quien refuta, porque este miraba aquella oscuridad como efecto de un eclipse ordinario de sol, que no puede verificarse en el plenilunio.

Tertuliano, que florecía en el siglo II, y vivió hasta el año 216, y Rufino, que vivió hasta el de 410, remiten los romanos paganos á los archivos públicos, para la prueba de dichas tinieblas.

Es evidente que aquella oscuridad no podía ser efecto de un eclipse ordinario de sol, porque este no puede ocurrir en el plenilunio, y la pascua de los judíos debía celebrarse siempre durante él. Si Flegon habla de *esta* oscuridad, y es verdad que se vieron las estrellas en el firmamento, este fenómeno no podía proceder tampoco del oscurecimiento de la atmósfera, que precede ó acompaña de ordinario á los grandes terremotos. El Señor quiso que la misma naturaleza atestiguase con señales extraordinarias á favor del mayor acontecimiento que ocurrió jamás sobre la tierra.

lamentables, la imágen mas viva de sus tormentos, la confianza ilimitada en Dios, su alabanza y las consecuencias gloriosas de la redencion.

“Y algunos de los circunstantes, al oírle, decían: Ved, que llama á Elías.

“Después, sabiendo Jesús que todo está consumado, para que se cumpliese la Escritura, dijo: Tengo sed. Y uno de ellos, corriendo, empapó una esponja en vinagre, y poniéndola al cabo de una caña (1), le daba de beber, diciendo: Dejad, veamos si viene Elías á bajarle (de la cruz).”

He aquí lo que había predicho el Salmista (Salmo LXVII, v. 29): “Y me dieron hiel por alimento, y para apagar mi sed, me dieron vinagre.”

“Luego, pues, que Jesús tomó el vinagre, dijo: Todo está consumado.

“Y Jesús, dando otra vez un gran grito, dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y diciendo estas palabras, espiró.”

El Señor pronunció estas palabras del Salmo XXX, con voz fuerte, para manifestar así, que según las fuerzas de la naturaleza, todavía podía vivir algunas horas, y que quería morir entonces, porque todo estaba consumado, porque había apurado el cáliz de sus tormentos,

(1) San Juan dice *hysopo*, una caña de hisopo; expresión que puede concertarse bien con la de los otros evangelistas (*calamo, arundini*), si se tiene presente que el hisopo, planta humilde y de poca elevación en nuestros climas, llega en el Asia á adquirir la fuerza y altura de una caña.

hasta la última gota, es decir, la medida marcada desde la eternidad. Murió entonces, porque lo quería así el que había dicho á los judíos, unos cuatro meses antes: “Por eso me ama mi Padre, porque doy mi vida para tomarla de nuevo. Nadie me la quita; pero la doy yo de mí mismo; y tengo potestad de darla, y tengo potestad de tomarla de nuevo (1). Yo he recibido este mandato de mi Padre. (San Juan, X, 17 y 18).”

¡Qué respeto nos enseña á la palabra de Dios, esa guía segura en nuestro estado de infancia, ese bordon de peregrinante que se nos ha dado mientras viajamos á la patria celestial, para que sea la antorcha que dirija nuestros pasos, la luz que alumbre la senda, cuando atravesemos el valle tenebroso de la muerte. En las últimas horas de su vida, pronuncia dos veces las palabras de David, y exhala el último suspiro profiriendo lo que el Espíritu Santo había dictado al Profeta rey.

“Y el velo (*) del templo se rasgó por medio de arriba

(1) *Clavado en la cruz*, dice Tertuliano, *espiró con una palabra*. Si yo no me equivoco, compara aquel doctor el oscurecimiento del sol en medio del día, á la espiración de Jesucristo, cuyas fuerzas no estaban aún aniquiladas. Veamos cómo se explica: *Et tamen (yo leo con Rigault, et tandem) suffixus spiritum cum verbo dimisit prævento carnificis officio. Eodem momento dies, medium orbem signante sole, subducta est.* ¡No es de creer que Tertuliano escribiese *eodem modo*, mucho mas cuando las tinieblas habían empezado ya tres horas antes de morir Jesús?

(*) Orígenes y San Gerónimo, creyeron que este fué el velo exterior que cubría aquella parte del templo, adonde solo entraban los sacerdotes; pero otros Padres entienden esto del velo interior, que cubría inmediatamente el santuario. Fuese cualquiera de los dos, se representaba por es-

ba abajo, y la tierra tembló, y las piedras se partieron, y los sepulcros se abrieron, y muchos cuerpos de los santos que habian muerto, se levantaron, y saliendo de sus sepulcros, despues de resucitados, fueron á la ciudad santa y se aparecieron á muchos (*). (San Mateo, XXVII, 31 á 53, San Márcos, XV, 20 á 38, San Lúcas, XXIII, 26 á 46, y San Juan, XIX, 16 á 30)."

La naturaleza habia vestido luto por tres horas en medio de una oscuridad milagrosa: poco antes de la muerte del Salvador desapareció ésta. Apenas habia inclinado el Señor la cabeza, vinieron nuevas señales de ter-

to, que por la muerte del Salvador se rasgaba el velo de la antigua alianza, se nos descubrian todos los misterios, cumplidas ya las figuras; y que quedaba abierto el camino para entrar en el santuario de la divinidad, por el conocimiento de las mas grandes verdades, y por la posesion del mismo Dios. *San Chrysóstomo. Santo Thomás.* (Nota del Illmo. Scio al cap. XXVII de San Mateo).

(*) Aunque parece por la manera con que habla el Evangelista, que los sepulcros se abrieron en el momento mismo en que espiró el Salvador, esto no obstante, parece cierto que los muertos no resucitaron sino despues de la resurreccion del Señor, pues se nota que no fueron vistos de muchos hasta este tiempo. Estos muertos, habiendo salido de los sepulcros, que estaban fuera de la ciudad, vinieron á Jerusalem, y permitió Dios que fuesen vistos de muchas personas, para que este milagro, teniendo muchos testigos entre los mismos judíos, sirviese de prueba para la resurreccion de Jesucristo. Algunos creen, que no resucitaron sino por algun tiempo, y que murieron de nuevo. Y San Agustín parece haber encontrado grandes dificultades en admitir la opinion contraria; pero San Hilario, San Epifanio, Santo Tomás, y otros autores antiguos y modernos, no pueden inclinarse á creer, que Jesucristo haya resucitado á estos santos para hacerlos volver al sepulcro; y han considerado su resurreccion como el principio de su vida inmortal y bienaventurada. (Idem id.)

ror á anunciar la grandeza del que estaba pendiente de la cruz, como una maldicion.

Condenado Jesucristo á muerte por Pilato, fué conducido al Gólgota como á la hora tercera (las nueve de la mañana), cuando se celebraba el sacrificio matutino. Inclino la cabeza y entregó su espíritu en manos de su Padre, como á la hora noua (las tres de la tarde) cuando se hacia el sacrificio vespertino, que era mas solemne que el de la mañana, y al que asistian mayor número de fieles que habian ido al templo á orar. Durante los dos sacrificios, estaba un sacerdote en el santuario quemando incienso en el altar de los aromas: se colocaba inmediatamente delante del santo de los santos, y tenia la cara vuelta á esta parte del santuario, de que solo le separaba el velo. El pueblo, mirando hácia el santuario, se quedaba en el vestibulo de las mugeres, donde se quemaba la víctima de la mañana ó de la tarde sobre el altar de los holocaustos. Era ésta un cordero degollado, y de consiguiente se derramaba sangre. Cada uno oraba para sí, segun le inspiraba su corazon, mientras que habia unos hombres especiales entre el pueblo y el santuario, en el vestibulo estrecho de Israel, que representaban á las doce tribus y rezaban ciertas oraciones en alta voz. Presumo que cantaban tambien salmos y alabanzas á Dios. Por consiguiente, el sacerdote que quemaba el incienso, debia ver la rasgadura milagrosa del velo. El santo de los santos, en el que el sumo sacerdote entraba una sola vez al año, el dia de la

fiesta de las propiciaciones, habiendo quedado descubierto, debía presentarle una señal terrible de la ira de Dios, mucho mas cuando las tinieblas habian precedido á este suceso. El sacerdote aterrado corrió sin duda desde el santuario al vestíbulo de Israel, y aun cuando se hubiera quedado hasta el fin del sacrificio, no por eso dejaria de contar á los que estaban en el vestíbulo, y al pueblo, de qué modo terrible se habia manifestado el Señor, y cómo el santo de los santos habia quedado descubierto. Así Dios habia cuidado de que no pudiera originarse duda ninguna acerca de la hora en que se rasgó el velo. El hecho de descubrirse el santo de los santos, indicaba la abolicion de las sombras, porque el gran Pontífice Eterno habia entrado en el verdadero santo de los santos, en el dia verdadero de las propiciaciones. En el instante en que dijo Jesus: *Todo está consumado*, cesó la antigua alianza con los hijos de Abraham, segun la carne, y principió la nueva con los hijos de Abraham, segun la promesa, que es: Vosotros sois todos hijos de Dios por la fé en Jesucristo. (San Pablo, Epíst. á los Gálat., III, 26)."

Los fariseos y saduceos habian pedido un dia á Jesus un signo en el cielo: el Mesías al morir, y despues de muerto, les dió signos en el cielo, cubierto de una oscuridad profunda, signos en la tierra que se conmovió, y signos en lo hondo de los abismos y en el templo.

San Mateo cuenta la resurreccion de los santos, como acaecida al mismo tiempo que el prodigio de la rasga-

dura del velo del templo, y el temblor de tierra, porque todos estos signos glorificaban al Hijo de Dios despues de su muerte; pero nos dice juntamente, que los santos no salieron de sus sepulcros hasta despues de la resurreccion de Jesucristo. No resucitaron hasta despues de resucitado el Hijo de Dios, porque Jesucristo se hizo las primicias de los que duermen en el sueño de la muerte. (Epíst. I ad Cor., XV, 20). No nos dice la Sagrada Escritura si estos santos eran algunos patriarcas y profetas, ó personas muertas poco habia, que se aparecieron á las que conocian personalmente. Unos juzgan que dejaron sus cuerpos trasfigurados para resucitar de nuevo en el dia del juicio final: otros por el contrario, suponen que acompañaron á Jesucristo al cielo el dia de su gloriosa Ascension.

Nadie pone en duda, que los que fueron resucitados por los profetas, por nuestro Señor, por sus apóstoles y por santos posteriores, muriesen de nuevo, porque no resucitaban con un cuerpo trasfigurado; pero parece que los que salieron de sus sepulcros despues de la resurreccion del Hijo de Dios, resucitaron con cuerpos trasfigurados, porque se dice de ellos, que *se aparecieron á muchos*, cuya expresion da á entender que no eran visibles para todos.

Con todo, la opinion dominante de los Santos Padres es, que los resucitados que aparecieron con cuerpos trasfigurados, dejaron de nuevo sus cuerpos en los sepulcros antes de acompañar al Hijo de Dios en su subida

al cielo para llegar á la vista de Dios, de la que estaban privados como lo habían estado todas las almas antes de la Ascension de Jesucristo (esto (§) es, no solamente una opinion, sino un dogma de la Iglesia). Las razones que saca San Agustin de la palabra de Dios, para defender que se despojaron de nuevo de sus cuerpos trasfigurados, me parecen perentorias. Hállalas en la Epístola á los hebreos, cuyo autor iluminado por el Espíritu Santo, dice, hablando de los grandes santos de la antigua alianza: “Y todos estos probados con el testimonio de la fé, no recibieron la promesa (es decir, el objeto de la promesa, segun el uso de la lengua hebrea), proveyendo Dios algo mejor por nosotros, para que no fuese consumada su felicidad sin nosotros. (Cap. XI, 39 y 40).” No quiere decir esto que estén privados de la dicha de ver á Dios hasta el dia del juicio; pero solo entonces recibirán el cuerpo *configurado al cuerpo de su gloria* (de Jesucristo) *segun la virtud eficaz con que puede tambien sujetar á él todas las cosas*, como dice el Apóstol (ad Philip. III, 21).

(§) Es decir, que antes de la venida del Salvador, no disfrutaron de la vision beatífica.—(Nota del aprobante mexicano).

LIBRO SEXTO.

Desde la muerte de Jesucristo hasta la venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles.

CAPITULO PRIMERO.

IMPRESION QUE HICIERON ESTOS PRODIGIOS EN EL CENTURION Y EN LA MULTITUD DE ESPECTADORES.

“Y viendo el centurion que estaba enfrente de él, el temblor de tierra, y que habia espirado dando un grito, dijo: Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios.

“Y toda la multitud de los que asistian á este espectáculo y veian lo que pasaba, se volvian dándose golpes de pecho.

“Y estaban á lo lejos todos los conocidos de Jesus, y las mugeres que le habian seguido desde Galilea viendo esto, y entre ellas estaban María Magdalena y María, madre de Santiago el menor y José, y Salomé, madre de los hijos de Zebedeo, que le habian seguido tambien cuando estaba en Galilea y le servian, y otras muchas que habian subido con él á Jerusalem (1). (San

(1) *Diakoncin, ministrare*, debe entenderse aquí de la asistencia en las necesidades de la humanidad, que son el alimento y el vestido, á que quiso sujetarse el Hijo de Dios, como vemos en San Lucas. “Porque vos-